

# El Primo

Al cabo de poco tiempo, todos los días eran iguales para Bartolomé. Se pasaba las horas solo, hecho un ovillo, en el cuartito.

Por las noches, cuando podía sentarse a la mesa en la habitación grande, escuchaba con envidia las excitadas explicaciones de sus hermanos.

Juan se iba muy temprano al trabajo y a menudo no regresaba hasta después de atardecer. Solo tenía un día libre de vez en cuando. Entonces iba con Manuel, Juana y Beatriz a pasear o con Isabel a comprar. Una vez invitó a Joaquín a tomar un vaso de vino en la bodega. Aunque la mayoría de las veces se quedaba en la cama durmiendo. Apenas pensaba en su hijo enano, en el cuarto de atrás. Mientras Bartolomé se atuviera a las reglas y, de esta manera, Isabel se sintiera feliz de tener a su hijo con ella, a él también le parecía bien.

A Joaquín, Juan le había encontrado una plaza de aprendiz en una panadería.

–El pan siempre va a hacer falta –decía satisfecho.

Cuando Joaquín superara el tiempo de prueba, le harían un contrato de aprendizaje y le ascenderían a maestro panadero. Ahora, cada día, tenía que dejar la casa mucho antes de que saliera el sol y no volvía hasta primera hora de la tarde tambaleándose de cansancio. En sus cabellos negros llevaba pegados restos de masa y tenía las manos agrietadas por la harina seca.

–Ya se acostumbrará –decía Juan, y tenía razón.

Al cabo de un tiempo desapareció el cansancio, y Joaquín aprovechaba las tardes libres para descubrir la ciudad.

Juana, cuando no ayudaba en las tareas de la casa o cosía al lado de la ventana, pasaba muchas horas en el desván con los hijos de la señora López, la viuda del boticario, para que ésta pudiera vigilar el antiguo negocio de su marido, del que todavía poseía una parte. La señora López siempre tenía miedo de que le tomaran el pelo. Su hija mayor, María, tenía diez años recién cumplidos. Desde la muerte de su padre, el pasado invierno, estaba prometida con el nuevo maestro boticario. En un par de años, después de la boda, o mejor aún, después del nacimiento de un nieto, la señora López podría confiar en que la unión con la familia impediría que el boticario la estafara. Hasta entonces, iría unas cuantas tardes por semana a la tienda para revisar los ingresos y los gastos. Juana cuidaba, durante estos ratos, de los dos niños más pequeños: Ana, de tres años, y Gaspar, de dos. María tenía que ir casi siempre con la madre. El boticario, un hombre mayor, de unos cuarenta años, estaba orgulloso de su joven prometida y le gustaba verla cuando se sentaba junto a él en un rincón, silenciosa y discreta. Beatriz se había hecho amiga de Agustina, la hija pequeña de Zorrilla, el chambelán. Las dos chiquillas jugaban durante horas en el patio de atrás, donde había un cercado con el cerdo de la señora López y sus gallinas, y también la letrina.

Manuel era el favorito de doña Rosita, la esposa del señor Zorrilla, que no había tenido hijos. Siempre que Isabel le regañaba o le negaba algún deseo, o simplemente no tenía tiempo para él, él se escabullía tan pronto como la puerta de la casa quedaba abierta. No le daba miedo la escalera empinada ni el oscuro vestíbulo. Con sus pequeños puños llamaba a la puerta del piso de abajo. Doña Rosita siempre le recibía con los brazos abiertos y le malcriaba con golosinas y con mimos. A Isabel eso no le gustaba. Por otro lado, cuando Manuel estaba ausente, podía dedicarse a su trabajo en paz. El dinero que recibía por los encajes termina-

dos, que vendía a un sastre, le era muy útil. En Madrid la vida era cara. Cada trozo de leña que en el pueblo recogían los niños como algo natural, aquí había que pagarlo. Lo mismo pasaba con la fruta y la verdura, que antes cultivaban ellos mismos y que aquí solo podía comprar en el mercado.

Toda la familia tenía los días ocupados trabajando o jugando. No así Bartolomé. Echaba de menos el pueblo. Encarcelado en el cuartito, pensaba, lleno de nostalgia, en la plaza polvorienta, las casas blancas y la pequeña iglesia con los peldaños de piedra y el portón de madera corroído, desde donde observaba la vida tranquila del pueblo.

A veces, cuando Isabel y Juana estaban solas, podía ir durante el día a la habitación grande, Entonces se sentaba en silencio en un rincón y las miraba mientras hacían las tareas de la casa. Pero a Isabel no se le ocurría darle una ocupación. A través de las grandes ventanas abiertas penetraban en la casa los ruidos de la calle. Bartolomé escuchaba anheloso, con los ojos cerrados, e intentaba imaginar que él tomaba parte en todo aquel trajín de allá afuera. Pero cuantos más días monótonos transcurrían, menos a menudo lograba soñar despierto y más silencioso y más triste se volvía.

Una tarde, cuando Bartolomé, en el cuartito del que conocía cada grieta de la pared y cada hendidura del suelo, creía que iba a enloquecer lentamente, entró Joaquín como un huracán. Se agachó en el suelo frente a Bartolomé. Tenía las mejillas rojas de tanto correr, y los ojos le brillaban de emoción.

—¡Bartolomé, escúchame!

Bartolomé miró a Joaquín, indiferente. Antes se ponía contento cuando Joaquín le informaba de los maravillosos sucesos de la gran ciudad. Después se figuraba que todo lo había vivido él mismo. Allí estaba, corriendo detrás de los carruajes, observando

un robo en el mercado y paseando a lo largo del imponente muro del Alcázar, el palacio real. Pero hacía mucho tiempo que estas ilusiones habían perdido su magia. En vez de eso, Bartolomé sentía cada vez más lo vacía y solitaria que era su propia vida.

Volvió la cabeza, pero Joaquín no se dejó desalentar.

–He visto a un hombre importante –le susurró, misterioso.

Bartolomé suspiró sin hacer ruido. Las historias de Joaquín trataban la mayoría de las veces sobre hombres importantes y damas ricas.

–Se hacía transportar en una litera. Le seguí. Bajó en la catedral de San Isidro y... –Joaquín vaciló deliberadamente.

–¿Y...? –preguntó Bartolomé sin mucho interés por la continuación de la historia.

–Era casi tan pequeño como tú. Solo que ya era un adulto. Llevaba bigote y un elegante vestido de damasco negro y brillante.

–¿Un enano, como yo?

–Sí, pero rico y distinguido. Pregunté a uno de los que llevaban la litera. El enano se llama Don Diego de Acedo. Pero le llaman El Primo. Es secretario en la corte del rey.

–Secretario en la corte del rey –repitió Bartolomé.

Joaquín asintió, vehemente.

–Tiene que escribir cartas y documentos para el rey. Vive en palacio y debe de estar muy bien pagado por su trabajo. Pues se puede permitir su propia litera y sus porteadores. ¡Bartolomé, ojalá tú también pudieras conseguirlo!

Bartolomé se mordió el labio. Así que un enano como él podía obtener un trabajo y mostrarse a todos sin que lo menospreciaran. ¿Por qué hasta ahora su padre le había ocultado y encerrado como a un animal, si en Madrid los enanos podían trabajar hasta para el rey?

–Como secretario, tendrías influencia en la corte. Entonces podrías encargarte de que yo me convirtiera en panadero de la corte y Juana y Beatriz en damas de compañía de la pequeña infanta.

Joaquín se perdía en fantásticas quimeras.

-No sé leer ni escribir. No puedo hacer nada aparte de sentarme y mirar -le interrumpió Bartolomé.

Joaquín frunció el ceño, pero solo durante un instante.

-Tienes que aprender -opinó-. Seguro que hay escuelas en Madrid.

Bartolomé sonrió amargamente.

-No puedo sentarme ni una sola vez en la habitación grande durante el día, ¿y te crees que papá me va a mandar a la escuela?

Joaquín recorría el cuarto de arriba abajo. Le disgustaba que la cruda realidad fastidiara sus maravillosos planes. Tenía que haber algún modo de enseñar a Bartolomé a leer y a escribir. Reflexionaba sobre si debía pedirle a su padre que le mandara a él a la escuela por la tarde. Entonces, por la noche, podría enseñar en secreto sus conocimientos a Bartolomé. Por otro lado, no tenía la menor gana de tener que estudiar después del fatigoso trabajo. Además, una escuela costaba un montón de dinero. Seguramente más de lo que su padre podía permitirse. Mientras tanto, Bartolomé se había contagiado del plan de Joaquín.

-Quizás Juana podría ir a la escuela por mí -dijo con timidez.

-Por una chica, papá aún querría menos gastar dinero en una escuela -respondió Joaquín.

Bartolomé agachó la cabeza, decepcionado. Su espalda encorvada le temblaba. Intentó no llorar delante de Joaquín. A pesar de todo, no pudo reprimir el llanto. Joaquín se detuvo y bajó los ojos para verle. Hasta ahora había pensado más en él mismo que en su pobre hermano tullido.

De repente comprendió lo solo que debía sentirse en el cuarto y que su plan significaba mucho más para Bartolomé que para él mismo. Lo abrazó con ímpetu y lo apretó contra él.

-Bartolomé, te prometo que aprenderás a leer y a escribir -le susurró.

# Fray Cristóbal

Los días siguientes, Bartolomé se estremecía de impaciencia. Apenas podía esperar a ver a Joaquín. Pasaba la tarde sentado en el cuarto. Con la oreja pegada a la puerta, escuchaba ansioso hasta que oía los pasos ligeros de su hermano en la escalera. Joaquín se daba cuenta de lo mucho que su hermano confiaba en él y decidió explicar su idea a Juana. Tal vez ella vería la posibilidad de encontrar un profesor para Bartolomé.

–Pero papá no debe saber nada de esto –le advirtió.

Juana asintió.

–No lo va a permitir –dijo– porque a Bartolomé no lo puede ver nadie.

–Tampoco sé de dónde va a salir el dinero para las clases –confesó Joaquín.

–Si ponemos a mamá al corriente de nuestro plan, seguro que encontrará el modo de ahorrar un poco de dinero de los gastos de la casa –opinó Juana, optimista.

Se había dado cuenta de que Isabel también estaba preocupada por Bartolomé porque se había vuelto tan callado y triste. Ahora le volvían a brillar los ojos.

–Se lo contaremos, pero solo cuando haya encontrado un profesor –decidió Joaquín–. Nos lo podría prohibir, por papá.

La búsqueda de Joaquín entró enseguida en un callejón sin salida. Quien sabía leer y escribir no tenía tiempo para dar clases o pedía mucho dinero para enseñar este elevado arte.

Un día, cuando Joaquín vio que los ojos de Bartolomé volvían a estar apagados, se armó de valor. Al salir del trabajo, se fue al convento de los franciscanos y llamó a la puerta.

Un monje viejo, descalzo y con un sencillo hábito de color marrón, abrió la puerta. Joaquín se inclinó, pudoroso. No sabía cómo expresar con palabras su petición.

–Hijo mío, ¿qué puedo hacer por ti? –preguntó el monje amablemente.

–Me llamo Joaquín Carrasco y tengo que pedirle algo –susurró Joaquín, sonrojándose.

–¿A Dios o a mí, Joaquín?

–A usted, padre.

El monje asintió y esperó con paciencia. Era como si tuviera todo el tiempo del mundo.

–Mi hermano Bartolomé... tiene que aprender a leer y a escribir –balbuceó Joaquín.

–Nosotros no somos una escuela, Joaquín.

–Lo sé. Pero mi padre jamás le mandaría a la escuela.

–Seguro que tu padre tiene otros planes para tu hermano. Como hijo, no deberías dudar de las decisiones de tu padre.

Joaquín miró la cara de buena persona del monje.

–Ya lo sé, padre, pero... –se avergonzó por lo que iba a decir. Nunca había hablado mal de su padre.

–Perdonadme, padre, pero mi padre encierra con llave a Bartolomé en el cuarto de atrás. Está allí, sentado, como un preso, y no puede verle ningún extraño.

Fray Cristóbal, que así se llamaba el viejo monje, vio ante él a un chico alto y delgado, ya crecido, que le revelaba un secreto de familia, ruborizado. Y aunque él no escuchaba confesiones, sabía de sobra que detrás de muchas puertas cerradas de las casas de Madrid ocurrían cosas que a él, a un hombre mayor, le habrían horrorizado y le habrían hecho dudar de la bondad de Dios. Ahora era él quien debía buscar las palabras correctas.

–¿Quieres que hable con tu padre? –se ofreció, finalmente–. A veces una conversación puede cambiar muchas cosas.

«Aunque a menudo no puede», añadió para sus adentros.

Joaquín sacudió la cabeza con horror:

–Él no puede saber ni siquiera que he estado aquí.

–¿Tan malo es? ¿Maltrata a tu hermano?

–No, eso no lo haría jamás –dijo Joaquín rápidamente–. Se avergüenza, creo yo, de él. Se avergüenza tanto que nadie puede ver a Bartolomé. Bartolomé no quiere crecer. Su cuerpo está encorvado y tiene los pies zambos, apenas le sirven para andar.

–Un enano –murmuró Fray Cristóbal.

Joaquín asintió.

–Un enano, un tullido, un monstruo, así le llamaría un extraño. Pero es mi hermano, y es listo y aprende rápido.

Las mejillas de Joaquín ya no estaban coloradas de vergüenza, sino de entusiasmo.

–Si aprendiera a leer y a escribir, podría ser secretario del rey, como El Primo. Todo el mundo le respetaría y no tendría que esconderse.

–El Primo –respondió Fray Cristóbal–. Joaquín, ya sabes que hay cientos de enanos y tullidos que vegetan por las calles de Madrid como miserables mendigos, y seguro que hay muchos que, igual que tu hermano, se hallan ocultos al escarnio del mundo exterior en jaulas y en cuartos oscuros. El destino de El Primo es único. La gracia de Dios se ha posado sobre él de un modo especial.

–Lo que El Primo ha conseguido, también podría lograrlo Bartolomé.

–Naturalmente, la gracia de Dios también puede posarse de un modo especial sobre tu pobre hermano. Pero ¿quiénes somos nosotros, los hombres, para saber cómo y cuándo obrará la gracia de Dios? –contestó Fray Cristóbal, benigno.

–Padre, tiene que aprender a leer y a escribir. Por favor, ayúdele. Se lo he prometido, y puedo pagarle. No mucho, pero no



tendrá que enseñarle gratis –Joaquín miraba al viejo monje, suplicante.

–¿A espaldas de tu padre tengo que venir a vuestra casa y enseñarle a leer y a escribir a tu hermano? ¿Sabes lo que me pides?

Fray Cristóbal sacudió la cabeza. Jamás podría hacer una cosa así. El abad no lo permitiría, y sin su consentimiento no podía abandonar el convento. De todos modos, si pudiera venir el chico...

Parecía que Joaquín podía leer los pensamientos de Fray Cristóbal.

–Padre, ¿si él viniese a verle, usted le daría clases? –preguntó.

–Tengo muchas obligaciones. No solo tengo que ocuparme de la puerta, sino también de la iglesia y del jardín –murmuró Fray Cristóbal.

–Durante el tiempo en que usted enseñe a Bartolomé, yo podría trabajar en el jardín –se ofreció Joaquín.

Sentía que el monje casi estaba dispuesto a ayudarle. No tenía ni idea de cómo traería a Bartolomé hasta el convento. Ya se devanaría los sesos con ello más tarde.

–También voy a pagarle –insistió.

–Dinero no puedo aceptar –dijo Fray Cristóbal maquinalmente. Como monje, aparte del hábito, no podía tener nada de su propiedad.

–¿Podría donarlo para, para...

–... para cirios? –completó Fray Cristóbal.

A Joaquín le dio un vuelco el corazón. ¿Quería decir con eso el monje que iba a dar clases a Bartolomé?

–Un cirio en la iglesia para la imagen de María –confirmó Fray Cristóbal.

Joaquín daba gritos de alegría y, sin pensar en la dignidad del monje, le abrazó impetuosamente. Fray Cristóbal se lo permitió.

-Dos veces por semana, los martes y los sábados a la una del mediodía, una hora cada vez y... -Fray Cristóbal concluyó severo- solo si tu padre lo permite.

Joaquín asintió. Todo le parecía bien. El monje enseñaría a Bartolomé. Solo eso contaba.

Tras echar el cerrojo a la puerta, detrás de Joaquín, Fray Cristóbal decidió esperar como mínimo hasta la primera lección, antes de pedir su consentimiento al abad.